

Y así el Conde responde con voz serena y clara.
—Ni el aliento más leve ha empañado mi acero...
De ser fiel como nadie ante mi Rey me ufano...

¡Si mi mano os ofende, la mano me cortara!..
Y sacando la espada, con un golpe certero
á presencia de todos, se cercenó la mano.



JUNTO AL FUEGO

A Francisco Rodríguez Marín.

Bajo la blasonada chimenea
mientras se van cociendo las castañas
y un tronco secular chisporrotea,
narra un viejo soldado sus hazañas.

«Cuando á Don Juan de Austria vi en Lepanto.»
«Cuando el Duque de Alba llegó á Gante...»
y un ardor juvenil cubre entretanto
la caduca expresión de su semblante.

—Por un noble y romántico amorío
 dí muerte á un capitán en desafío...
 Después el nombre del difunto nombra

y un «gloria goce» lentamente exhala...
 y esgrimiendo un tizón con él señala
 cuchilladas de púrpura en la sombra!



BRONCE DE RAZA

A Luis Palomo.

Él se llama Ramiro, Nuño, Alfonso ó García,
 y ella Beatriz, Violante, ó Leonor ó Isabel;
 nombres de hierro y oro, de fuerza y de poesía
 que perfuman las rosas y decora el laurel.

Él marchóse á la eterna guerra con el infiel,
 y ella reza de hinojos á la Virgen María,
 hasta que emocionada, bajo la celosía,
 escucha en el camino relinchar su corcel.

Él á su hijo enseña á manejar la maza
y ser muy fuerte, y ella á ser noble y sencillo;
el uno temple el alma, y la otra el corazón,

Y así forjóse el bronce inmortal de esta raza
que tuvo prisionero al sol en su castillo
y detuvo la esfera con garras de león!



EL ROMANCERO DE ALARCOS



EL ROMANCERO DE ALARCOS

A Francisco de P. Valladar.

I

Por el camino del Puerto.
Pigual que lobos, aullando,
han penetrado los moros
en tierras de los cristianos;
y tantos y tantos vienen
que nadie puede contarlos!

¡Cuánta divisa en los petos,
y cuánta pluma en los cascos!
¡Cómo flotan las banderas
y los alquiceles blancos!

En los hijares la espuela,
tendidos en los caballos,

embrazadas las adargas,
la fuerte lanza en las manos,
como bandas de langosta
han asolado los campos...

¡y hasta la hierba del suelo
se va secando á su paso!

¡Ay del castillo frontero,
ay del mísero poblado,
en cuyos muros descargue
la cólera del nublado!

Arrasarán las viviendas;
sembrarán de sal los campos;
é igual que lobos hambrientos
sobre indefensos rebaños,
saciarán su sed de sangre
en sangre de los cristianos!

¡Ay, cuánta infeliz doncella,
con el rostro entre las manos,
ciegos de llorar los ojos,
los cabellos destrenzados,

le dirá adiós á la tierra
donde cayera luchando
para pasto de los cuervos,
el novio, de cuyos brazos
para llevarla cautiva
los moros la arrebataron!

Los caminos de la sierra
todos se miran poblados
de mujeres y de niños,
de pastores y de ancianos,
que con sus pobres enséres,
sus vacas y sus rebaños,
van á buscar un refugio
en los muros de Santiago...

¡Apostol de las Españas,
no les dejes sin amparo!
Calza tu espuela de oro,
monta tu caballo blanco,
¡y vé á socorrer al Rey,
que viene huyendo de Alarcos!

II

Por folgar con moras
de la Morería,
Dios ha castigado
al Rey de Castilla!

La Guerra y la Peste,
dos buenas amigas,
invaden el reino
y asolan las villas;
y todos á ellas
rinden pleitesía.

No muele el molino...
¿y qué molería
si la mies de ogaño
mató la sequía? *

Vellones de nieve
la rueca no hila...
Está en los lagares
la cuba vacía,
pues hasta la hierba
se secó en Castilla!

Llegaron los moros...
Asolan las viñas,
arrasan castillos,
queman alquerías,
talan nuestros campos,
y llevan cautivas
á nuestras mujeres
á la Morería...

Nuestros campeones
huyen á su vista,
y hasta Don Alfonso
¡quién se lo diría!
á uña de caballo
se libró la vida,

que si así no fuera
no la libraría!

¡Por folgar con moras
de la Morería,
Dios ha castigado
al Rey de Castilla!

III

—Castellana, más hermosa
que flor de Jerusalém,
blanca como la azucena
y rubia como la miel,

¿por qué la rueca de plata
en donde hilabas ayer
tu blanco velo de bodas
yace roto ante tus pies?

—Mi amado se fué á la guerra
á combatir por su Rey.
Yo una sortija de oro
en su anular coloqué...
Hoy trajeron la sortija,
y su caballo... sin él!

—Lavandera que en el río
á la sombra de un rosal,
como la Virgen María
estás lavando un pañal,

¿por qué no alegras ahora
la fuente con un cantar? .

¿Por qué lloras tanto y tanto
que parece que el pañal
en vez de lavarlo en agua
lavándole en llanto estás?

—Porque el padre de mi hijo
se fué al campo á guerrear.
El niño tiende los brazos
y le llama sin cesar;
más á su cuna á besarle
su padre nunca vendrá!

—Molinera, molinera,
¿quién el molino paró?
El agua espeja en los cubos
el oro tibio del sol,
pero la piedra no muele
ni canta alegre tu voz.

Llorando estás á la puerta,
y es tan honda tu aflicción
que el mastín el lomo eriza
y da aullidos de dolor.

—Mi hijo á servir á su Rey
á la guerra se marchó...
¡Todos de la guerra han vuelto
y mi hijo aún no volvió!
Y sin él, este molino
¿para qué le quiero yo?

—¿Por qué la viña está seca
y el prado es un erial?
¿Por qué la fragua no suena?
¿Por qué los bueyes están

escuálidos y encerrados
sin ir al prado á pastar?

—Los brazos que trabajaban
quedaron bajo otra luz,
en el campo de batalla
abiertos como una cruz!



LAS NAVAS

Los peregrinos que van á Santiago,
Los peregrinos son más que las hojas
y los luceros que cubren el lago...
Mantos de armiños y túnicas rojas...

Mitras, coronas; barones y abades...
el Rey solemne sentado en su trono...
¡Todas las glorias de las Cristiandades
van á dar gracias al Santo Patrono!

Todos han visto al Apostol Santiago
relampagueantes sus armas de oros
en los infieles causar un estrago...

Para vengar los antiguos reveses
iba segando cabezas de moros
como quien siega gavillas de mieses!



EGLOGAS